

LA INYECCIÓN. Un relato de Braulio G. Bautista

viernes, 09 de marzo de 2012

Modificado el domingo, 18 de marzo de 2012

LA INYECCIÓN

Un relato de Braulio A. García

El propietario de un afamado restaurant en New York, un cubano jaranero y listo como el hambre, que había llegado en su tardía juventud a la Yuma con una mano detrás y otra delante, me contó, después de múltiples libaciones, mientras estábamos acodados ante la bien surtida barra de su

LA INYECCIÓN

Un relato de Braulio A. García

El propietario de un afamado restaurant en New York, un cubano jaranero y listo como el hambre, que había llegado en su tardía juventud a la Yuma con una mano detrás y otra delante, me contó, después de múltiples libaciones, mientras estábamos acodados ante la bien surtida barra de su negocio, una historia que me horripiló y me produjo un dolor reflejo, solidario, en la entera.

El hombre andaba ya en los setenta y se había enamorado como un burro de una hispana mucho más joven que vivía en Queens, el populoso barrio al otro lado del río Hudson. En esa época aún no habían fármacos en forma de pastillas azules para remediar la disfunción eréctil, así que nuestro amigo, babeando de deseo, antes de ir a visitar a su adorado tormento, tenía que ir a la consulta de un médico, quien, a cambio de la nada más que una cantidad de \$350 "dólares" - "nunca mejor dicho- le aplicaba una inyección de "rodoleros" en donde ustedes ya se pueden imaginar, hacer que su hibernado órgano reproductor recobrar la lozanía perdida y se pusiera en paralelo con el frío suelo.

El efecto de la cruel inyección duraba como mucho una horita, así que el hombre, una vez clavado en todos los sentidos, tenía que salir disparado para Queens cruzando el Queensboro Bridge, e irse desnudando, prácticamente, en el mismo taxi, para, en llegando a su destino, entrar como una exhalación en la casa de la complaciente amiguita y cumplir como todo un veterano campeón, vencedor de mil batallas libradas en cientos de camas, a lo largo de su apasionada vida.

La muchacha en cuestión, damisela divorciada cercana a la cuarentena, ignoraba el sacrificio que mi amigo, hoy ya fallecido, tenía que hacer para poder estar a la altura de las circunstancias, así que no entendía las urgencias de cómo es posible que pretendiera ponerse a la labor en cuanto atravesaba el umbral de la puerta de su apartamento?... ¿alguien que tenía una cita muy importante de negocios luego, y que no tenía tiempo para nada? Entonces ella se quejaba, amargamente, de que sólo pensaba en él y, con voz melosa, le explicaba, como si él fuera un jovencito que se inicia en el juego del amor, que una mujer precisaba de unos prolegámenos, más o menos largos, para compartir la predisposición a la cosa del ayuntamiento.

El hombre trató de buscar un médico por Queens, se pateó toda la otra ribera del Hudson, pero ninguno de los que consultó se prestó a inyectarle. Le podían prescribir la medicina, pero no se la aplicaban. Pensó en pedirlo al taxista dominicano que siempre lo transportaba, pero cómo explicarle al tipo que necesitaba que tomase entre sus rudas manos "ese cosita" aunque "LO fuera para clavarle una aguja hipodérmica?... seguro que le contestaría en simpática jerga de su cálido país:

"Oh, Oh... ¿Ofrece Virgen de la Altigracia!... ¿pero qué vaina es esta?... ¿Ute esta hablando en serio, Don?"

La gota que colmó el vaso de su frustración cayó un aciago día en que se dirigía a Queens después de recibir la maldita inyección y se produjo un accidente en el puente. Una rastra había patinado y obstaculizaba todos los carriles del Queensboro Bridge en la dirección donde le esperaban los ardorosos brazos de su joven amada. Y, encima, el enorme vehículo portaba algún tipo de mercancía peligrosa y las labores de recuperación de las vías debían de ir, forzosamente, despacio... muy despacio. Y él estaba atrapado justamente en medio del jodido puentecito!

A medida que transcurrían los eternos minutos medido en aquella cárcel amarilla chillona, mientras el chofer del taxi escuchaba distraídamente un juego de pelota (beisbol), mi amigo sintió que algo le languidecía a poco a poco en su

entrepieraâ€

Cuando por fin se reanudó de nuevo la circulación del puente, habían pasado casi dos horas y, fatalmente, su miembro viril había vuelto a su estado de hibernación habitualâ€! Así- que ni se detuvo en la casa de su amada.

Aquella noche alguien le dijo que en Miami había un médico chileno, de origen árabe- al que llamaban â€œEl Terroristaâ€ porque era el que más â€œbombasâ€ ponía en la Capital del Sol- que seguro le podría solucionar su problema. La broma tenía su justificación: el galeno chileno se había especializado en poner unos implantes en sílvese la parte, que se erguían, despertaban, cuando recibían aire insuflado por una bombita dispuesta en unos de los testículos del pacienteâ€! que la operación no entrañaba mayores riesgos y que en unas semanas, una vez todo cicatrizado, se podría desarrollar toda la actividad sexual que uno quisiera o demandara la otra parte.

Lamentablemente, después de dos semanas de mal justificada ausencia, cuando el hombre volvió exultante de Miami a tocar en la puerta de la ninfa dueña de sus eróticos sueños, ya ésta había encontrado a otro caballero igual de rico, pero mucho menos apurado que élâ€!

Desde entonces, me dijo, él trataba de rentabilizar su implante, porque le había costado un egg y la mitad del otro, pero me aseguré que no era lo mismoâ€! â€œNinguna como mi muchachita de Queens!â€! ¡Ojalá pudiera volver con ella aunque tuvieran que ponerme dos mil inyecciones ya sabes donde y, de ésta, también en mis arrugaditos congojos! Como decimos en Canarias: â€œLa Jodienda no tiene Enmiendaâ€.